

Texto de Sergio Raúl Arroyo, leído en la 33^a. Ceremonia de los Premios INAH

Agradezco la deferencia por la que se me permite decir unas palabras a nombre de quienes hoy reciben un reconocimiento por parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Quiero dar las gracias a los miembros de los distintos jurados que evaluaron los trabajos presentados, sometiéndolos al juicio especializado, cuyo único interés es el de estimular la producción centrada en la antropología social y física, la lingüística, la arqueología, la etnología, la restauración, la conservación, la historia y la etnohistoria, la museografía y la investigación en materia de museos, observando en estas disciplinas medios para orientar la existencia individual y colectiva.

Lejos de buscar “soluciones felices”, el conjunto de obras que forman parte de esta celebración problematizan distintos segmentos de la realidad, poniendo frente a nosotros el entramado múltiple de una sociedad que requiere para su desarrollo, como supone todo escenario democrático, del análisis crítico. El juego de los saberes no siempre está vinculado a los fines que el pragmatismo ha puesto en el candelabro. No todo es obligado ni mecánico, como la retórica estadística, las ideologías programáticas, las ocurrencias o el pantano la macroinformación industrial, que no obstante su dimensión gigantesca, todo lo reduce, lo controla y lo masifica, llevándonos a una soledad inédita en la historia humana. En dirección contraria, buena parte de los trabajos expuestos responden a un compromiso personal, a una perspectiva académica irreductible y al placer, ese factor esencial que tanto incomoda al fundamentalismo y a las ortodoxias de todos los rumbos.

Los premios alientan pero también obnubilan. Obnubilan cuando tienen un efecto consagratorio y establecen la falsa creencia de las profesiones o los profesionales como algo consolidado. Alientan, en la medida en que permiten reanudar los lazos con el oficio, entendido como un proceso complejo y sin punto final. Los materiales de las obras premiadas dan sentido una genealogía que nos precede y constituye. Es un fondo histórico que está en las voluntades y en las palabras en las que hemos depositado nuestros afectos. Detrás de los premios subyacen pequeñas o grandes verdades acerca de la historia y el patrimonio cultural, no siempre celebradas por la política de los políticos.

En la relación de trabajos distinguidos en distintos rubros constatamos la presencia del arte rupestre, la geografía simbólica, el análisis ergonómico y etnográfico, la destrucción ambiental, la exploración de la conciencia popular –una inmersión en sus aspiraciones y tendencias-, las legislaciones y las pasiones novohispanas, una estación ferroviaria, la recuperación de El Caballito -la mítica estatua ec más activos uestre de Carlos IV-, los sistemas de limpieza acuosa, la danza ritual, etc., etc., etc. Es digno de ponerse en relieve el papel que juega el INAH como uno de los más activos ejes de aproximación y conocimiento sobre los fenómenos culturales. En especial, es de destacarse su transversalidad, si la entendemos como la capacidad de transitar entre temas, épocas y coyunturas. De

ello se desprende una convocatoria social abierta a distintas corrientes y fases de la realidad, no siempre coincidentes y sí con frecuencia polémicas. Aquí ocupan un lugar nodal la creciente presencia de la sociedad civil y las batallas contra el centralismo.

En varios de estos trabajos aparece la voluntad por ubicarnos en un horizonte marcado por el riesgo, por el gusto a no apostar a lo seguro, contra el patriotismo simplón y chato que da la espalda a las realidades concretas, como lo son el drama de la migración, las disidencias respecto a las estructuras jerárquicas dominantes, la aparición de los indios de carne y hueso, así como realidades tangenciales o francamente marginales que incomodan el tránsito por una historia oficialista, tersa y aséptica, hecha para no toparse nunca con el presente.

En la renovación siempre está viva la dualidad de la aceptación y el rechazo de las tradiciones. Aceptación de fenómenos y realidades concretas sin juicios preestablecidos, aceptación a cambiar de ideas y acceder a la transición de las convicciones a ultranza. Rechazo a la ligadura que nos hace ser siempre los mismos, rechazo a reducirnos a los utilitarismos del folclor o a las ataduras del pintoresquismo turístico, rechazo a la unidad ficticia o a la diversidad edulcorada, rechazo a habitar en el sarcófago del conocimiento intocable, rechazo a ser meros rellenadores de huecos que otros dejaron. En resumen, rechazo a todo sistema de creencias compartidas que desemboquen en los peligros de la unanimidad.

Una cultura que tiene como fin básico preservarse, no es cultura, sino un mero reflejo tautológico. La tradición pierde sentido cuando ya nada la desafía o la modifica. Apelo y acepto la sentencia de T. S. Elliot que dice "Cada generación debe interpretar a sus clásicos". A cada sujeto individual, asimismo, corresponde una visión de mundo.

En nuestra comunidad, desde hace décadas surgió un sector que se niega a ser visto como simple consumidor cultural atado a concepciones arquetípicas. Vivimos una época codificada en la que domina una ontología de los negocios a la que es fundamental poner en el terreno del debate. Cuando realicé hace algunas décadas mi primera inmersión en la antropología, lo que más me interesó fue su carácter abierto, su sana especulación, su rigor antidogmático, incluso su dimensión lúdica. No vi a la antropología como un recurso para sellar disputas, sino para abrirlas.

Si los premios derivan en una constatación de capacidad, de destreza para ejercer una profesión, el mejor premio resulta ser el derecho al trabajo, un pendiente en la esfera de organismos gubernamentales y privados. Las distintas disciplinas a las que me he referido, son protagonistas de un conflicto que no está exento de crisis financieras, del desempleo, de la tiranía hacendaria y de condiciones de trabajo inestables que determinan la vida de quienes desde allí operan una azarosa vida cotidiana. No se trata de dar la espalda a las instituciones, sino hacer de ellas instrumentos para trazar futuros deseables. Ese es uno de los problemas capitales a enfrentarse en la actualidad, un tema para nada desprovisto de peso

antropológico. De lo contrario, habrá recurrir al viejo recurso astrofísico consistente en tapar el sol con un dedo.

Si se hace una lectura cuidadosa de la trama que encierra la relación de premios, se encuentra la tentativa de reformular nuestros conceptos habituales. El concepto de diversidad cultural, con el que muchos se llenan la boca, acaba siendo un término que adquiere valores ornamentales que no siempre tocan tierra y que dentro de una tendencia común, se convierte en un maratón de lugares comunes. Es posible afirmar que los trabajos presentados a lo largo de los últimos lustros, en niveles variados, le dan una dimensión cada vez más humana a nuestro sentido de la alteridad, replanteando problemas ligados a la comunicación, la violencia, la sexualidad, el género, la ritualidad, la técnica, la secularización o la resacralización de las experiencias de las sociedades contemporáneas, estableciendo no pocas veces opciones necesarias para proponer procesos multidisciplinares.

Tal vez debo entender que el valor central del conjunto de expedientes presentados, es contribuir a la formación de una plataforma, útil para detonar una vertiente del pensamiento crítico proveniente de las disciplinas antropológicas; un impulso renovador que interpreto como lo mejor de nuestra tradición intelectual. Bachelard sentenciaba con gran filo: “La ciencia es sólo el error actualizado”.

Quisiera hacer una breve referencia a la exposición *Constitución Mexicana 1917-2017. Voces e imágenes* por la que recibo el premio hoy, junto con extraordinarios profesionales con los que he tenido la fortuna de trabajar: Alejandro y Enrique García Aguinaco, junto con el equipo del Taller de Museografía; José Luis Barrios, co-curador y responsable de un grupo académico del que forman parte Joseba Buj, Dafne Cruz, Georgina Rodríguez, Andrés Luna y Juan Solís; el Archivo General de la Nación: Mercedes de Vega, su directora, Luis Jáuregui, Ma. Eugenia Terrones, investigadores; Juan Arturo Brennan, quien desarrolló las pistas musicales que se integraron con notable precisión a la muestra y, desde luego, a Miguel Limón, invaluable asesor y animador del proyecto. Doy las gracias a todos los que participaron y dieron cohesión a la muestra.

Ampliando un poco esta referencia, comento que en esta exposición se establecieron algunos acuerdos previos que hoy entiendo mejor: se trata aspectos que seguramente contribuyeron a su reconocimiento como factores que impidieron hacer de un proyecto conmemorativo, la ilustración mecánica y previsible de los episodios constitucionalistas. Quisimos evitar convertirla en un abrumador embate documental o en un gélido palimpsesto de arqueología política sobre arqueología política que descansara en acontecimientos sobreexpuestos, inherentes a la gesta de la constitución mexicana del 17, distanciándonos en todo momento del autoelogio gubernamental, que frecuentemente aplaza una lectura al día del texto constitucional y hace de él un objeto ajeno a la vida comunitaria, mero soporte de un discurso puesto para la mirada pasiva de interlocutores híbridos y especialmente útil para complacer a los vencedores de la historia.

Mirando hacia el origen del proyecto, quiero recordar a Rafael Tovar, que aceptó nuestra propuesta sin ningún corte. A propósito de la saga constitucionalista Rafael consideró que la exposición sólo tenía sentido si surgía de una experiencia sin tufo oficialista y fuese capaz de integrar las luces y las numerosas sombras que proyecta el estado de derecho en el México.

“La cultura es una confrontación de metamorfosis”, sentenció Marcel Proust. En su conjunto, el universo de la antropología es una confrontación de metamorfosis. Tan extenso o reducido como lo quieran sus prácticas materiales y sus interlocutores. Una consecuencia iluminadora de esa confrontación se encuentra en la escala de dicotomías que trae consigo. Tanto la educación como las disciplinas que alberga responden a conceptos dinámicos determinados por el tiempo y la acción humana.

Nada de esto es extraño en la materialización de los estados modernos, cuyos escenarios *fácticos* se miran un como un cúmulo de procesos que no tienen un fin abstracto, sino que son catalizadores de objetivos más o menos visibles en el intrincado archipiélago de la vida social. Velada o explícitamente, las vertientes antropológicas que están inscritas en nuestro horizonte son una arena de debate.

Su inserción dentro del *corpus* de la educación se vincula al discurso de una política pública centrada en los “valores” que un Estado desea promover, pero también en las capacidades de la sociedad que la recibe, asimila, e incluso la contrarresta o repele. Como sucede en todas los ámbitos de la existencia, los objetivos de las instituciones no responden a determinismos, sobre todo cuando en los intersticios de la autonomía adquirida, entidades y personas le confieren a la práctica educativa o institucional un perfil no orgánico.

Aquí aparece un signo adverso que podríamos denominar como *antropología hierática*, cuya perspectiva oscura y fría generalmente descansa en la apología política o en un pasado mitificado o en la banalización del presente o en la falsa poesía de la unidad nacional o en la creencia de que los valores de toda nación son materia uniforme a ultranza o en las mudanzas ideológicas que alimentan los cambios de gobierno.

Dentro de esta modalidad, el nacionalismo arbitrario se emplea como *leit motiv* que todo lo permea, plegando distinciones y allanando aquello que establece diferencias. El carácter hierático no proviene de una teorización, sino del miedo, de la autoprotección con la que se resguarda el poder público, sea cual sea su perfil o definición. Ese es quizá el origen del nacionalismo integrador del que se desprenden paisajes sublimados por el ojo y el narcisismo nacionalista, en los que casi desaparece la huella humana, empedregada por las montañas físicas, iconográficas e ideológicas del monumentalismo. La pesada verdad de los palacios y las catedrales forma parte de un estado de cosas que lejos de ser anacrónico, mantiene hoy un alto rango de poder actuante.

La *memoria patrimonial* del Estado no es la misma que la de las colectividades, pero se enviste a la manera de una fortaleza, con estatus de santuario de verdades inobjetables, acumulativas -aunque poco reflexivas-, situadas por encima de las existencias, algo que generalmente desemboca en banalizaciones o en desplantes dirigidos a un turismo ramplón, en nombre del desarrollo que termina por gestar a un país-ficción que flota en el fango más activos multicolor del kitsch.

Por ejemplo, en ese orbe hierático -que pudiera también ser el de un museo invocado por nuestra imaginación-, los objetos se vuelven cosas sagradas, valores intocables que gravitan más allá del pensamiento. Al hieratismo lo asisten el triunfalismo y la intemporalidad, señales del temor a abrirse hacia una realidad donde no todo es favorable y en la que no sólo opera la razón estatal.

Como acto o idea, la naturaleza de los premios está basada en el hecho de que no hay una concepción neutral del conocimiento ni de la educación, también en el valor de la originalidad. Si es así, entonces lo más recomendable en el territorio de la voluntad democrática, es abrir y potenciar la dimensión crítica como soporte y centro de una política educativa basada en la investigación académica, no reducida al oportunismo o a las ideas en circulación, lo que gradualmente puede implicar desprenderse de la solemnidad y la grandilocuencia, visiblemente convertidas en obstáculos epistemológicos.

La suma de trabajos premiados arroja elementos activos que contribuyen a ver épocas y fenómenos sociales con nuevos ojos, especialmente en un país afincado demasiado en el pasado y el futuro, pero muy poco en el presente. Sólo en una atmósfera libre y abierta a la crítica podrán plantearse y discutirse los verdaderos problemas de México. En algunos de ellos la antropología tiene una incidencia clave. Hay que atender lo que dice la antropología en trabajos como los que hoy son motivo de una celebración y otros que se han puesto en el camino a lo largo de los años: la regeneración intelectual de un país sólo es posible si se descartan fórmulas, guiños complacientes y se oye con humildad lo que dice realmente una sociedad profundamente plural, en particular lo que dice nuestra historia y nuestro difícil presente. Este es un primer paso para la recuperación de la imaginación política.

En *Posdata*, Octavio Paz dibujó una antiprofesía: "... el valor supremo no es el futuro sino el presente; el futuro es un tiempo falaz que siempre nos dice "todavía no es hora" y así nos niega... Aquel que construye la casa de la felicidad futura edifica la cárcel del presente."

Despojado de toda condición cortesana -ni escenario palaciego ni catedral del saber-, es importante reflexionar sobre la condición de la antropología hoy día, navegante de un mundo avasallado por las religiones políticas y monetarias. Más allá del solipsismo impuesto por los universos virtuales, más allá de la tramposa jerga radicalista, de los residuos del colonialismo, de la descalificación como recurso pavloviano, del olvido de las minorías, del purismo, de la

hiperespecialización, más allá del líder carismático y de los prestigios definidos por la cultura administrada, tenemos que pensar en cabeza propia. Tenemos que imaginar otro futuro.

Agradezco la hospitalidad del INAH, agradezco la voluntad común de quienes libremente con su trabajo han puesto en marcha sus sueños y los han hecho visibles. Tal vez una lección mínima en torno a estos premios esté en la posibilidad que ofrecen para disolver las idolatrías y las historias hiéricas en nosotros mismos.

De verdad, doy las gracias a todos ustedes por hacer un poco más inteligible nuestro mundo.

Sergio Raúl Arroyo García
Ciudad de México, 22 de noviembre de 2018